

CARTAS SOBRE LA MESA

MÁS SOBRE *EL TIGRE*

Querida Claudia:

Esta es una mínima respuesta a tus objeciones a mi reseña de tu libro. Tengo muchas discrepancias, pero me limito a responder algunas porque atañen a la ética.

El tono pedante que te molesta es el que siempre uso en mis notas, porque no debo involucrar la simpatía o antipatía que tenga para un autor en el juicio sobre el trabajo.

No sé qué hayas entendido por inicuo, pero desde luego el trabajo lo es. Y lo es toda obra que sólo toma un punto de vista. No puedo admitir como excusa el poco espacio para tratar ciertos asuntos, porque tu libro tiene más de quinientas páginas, muchas de ellas repetitivas y alguna que otra inicua; pudieron extenderse cincuenta o más, que quien se atreviera a leer quinientas iba a leer seiscientas sin ningún problema.

Pero asombra que le llamen minucias a los reparos por las inexactitudes; en una biografía la exactitud de las efemérides es tan importante como la buena redacción periodística.

Decir que no repararon en algunos programas porque sean arcaicos es insostenible, y menos si dedican varias páginas a las telenovelas más antiguas. La verdad es que en muchos asuntos su investigación fue endeble y poco rigurosa, entre otras cosas porque consultaron pocas fuentes directas e indirectas.

Lo mismo me parece tu respuesta inicua al decir que sí hablan de Pimpstein, pero omities hablar de Alonso, y le das mucha más importancia a otros programas menos interesantes. Y la cantidad de veces que se cite a alguien no quiere decir que se le da más importancia.

No quiero rebatirte cuestiones de opinión, pero sí cuestiones de exactitud: cuando se creó Timbiriche se calcó el esquema de Parchís, que fue el de combinar niños y niñas, hasta le pusieron nombre de juego de mesa (parchís es conocido en México como parkasé; tim-

biriche es un juego muy popular también; Parchís cantaba “y yo soy la ficha azul”, aunque el dato parezca inicuo), y trataba de jalar público infantil.

Insisto, si hubieras leído el *Informe de Novo* (no las referencias) hubieras encontrado la explicación que no das sobre el carácter de la televisión mexicana, y si hubieras cuando menos hojeado *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán* habrías evitado muchas erratas.

Lo más grave del asunto es proclamar que leer noventa libros es leer suficiente. Albert Goldman para escribir *Lives of Lennon* entrevistó a cerca de 1,200 personas y leyó cerca de seiscientos libros. Me agarras leyendo la vida de los Kennedy; los autores, sólo en entrevistas, registran cerca de tres mil, y no hay un solo párrafo que no esté sustentado por testimonios directos o bibliografía o hemerografía. Noventa libros tal vez sean demasiados para alguien que no lee, pero, ¿tú, Claudia? —

Con la admiración de siempre,

— EDUARDO MEJÍA

AMORES PERROS

Es una pena que Gustavo García, uno de los pocos críticos mexicanos de cine que escribía con inteligencia y objetividad, falle rotundamente en su crítica a *Amores perros*, la mejor película mexicana en muchas décadas, y pretenda hacernos creer que se disfraza de “grito y estallido” al carecer de toda coherencia narrativa y actoral, a excepción de Emilio Echevarría. Según él es un conjunto de historias no redondeadas que dan la impresión de sí estarlo para un público mexicano a quien, sin decirlo, considera retrasado mental e incapaz de entender que algo está bien narrado.

Parece ser que Gustavo García vio

otra película, pues considera que el maestro obvio de González Iñárritu es Arturo Ripstein, el maestro de plano secuencia y uno de los cineastas de ritmo más lento en el mundo. González Iñárritu narra montando escenas ágiles en distintas angulaciones, Ripstein no. En cuanto a lo miserabilista, pueden parecerse, porque se parecen a la realidad. ¿Desde cuándo los hijos de las clases trabajadoras mexicanas deben ser redimidos por la cinematografía, cuando han tenido ellos mismos la oportunidad de redimirse? Después de todo, el cine, como toda obra de la imaginación, es una ventana a la realidad, lo que no tiene nada que ver con las palabras “verosímil” o “inverosímil” a las que García es tan afecto. El connotado guionista y realizador Paul Shrader pasa cinco páginas de una entrevista tratando de demostrar por qué “inverosímil” es una palabra que no debe usarse nunca cuando se habla de cinematografía, ya que deja de lado a figuras como King Kong, Alien y hasta Marilyn Monroe y *citizen Kane*. El cine puede ser “plausible” o “implausible”, pero jamás “verosímil” e “inverosímil”, porque la verdad es siempre relativa. La razón por la que no llaman a un experto en instalación de dueñas para sacar al perrito Richi es porque existe algo llamado convención cinematográfica, un trato tácito entre el autor y el espectador en el que se propone aceptar o no premisas tan “inverosímiles” como que un gorila sea gigante y asole Nueva York, o que una ballena blanca sea invencible a todo intento humano por matarla. Creo que, a diferencia de usted, tenemos muchos entre el público mexicano que consideramos a *Amores perros* la película mexicana de calidad que habíamos estado esperando ver, algo casi tan inusitado como tener un presidente de la república que no es del PRI.—

— PATRICIO RUFFO HEALY

♦ *Cartas sobre la mesa* es una sección del lector, hágala suya con sus comentarios y sugerencias. Envíe sus cartas, con una extensión no mayor de una cuartilla, vía fax (658 00 74), por correo electrónico (cartas@letraslibres.com) o por correo (Presidente Carranza 210, Col. Coyoacán, 04000, México, D.F.).